

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 223

Dios es mi vida. No tengo otra vida que la Suya.

Comentario de Sarah:

Nos equivocamos cuando pensamos que la vida es la experiencia que parece que tenemos en nuestra existencia corporal. No podemos vivir separados de Dios, y sin embargo parece que es exactamente lo que creemos que ocurre. Creo que soy una entidad separada, que se mueve aislada, sin ataduras y alojada en un cuerpo, pero la Lección dice que no es así en absoluto. Independientemente de cómo experimentemos nuestra vida, no es nuestra existencia porque **“no existo aparte de Él”**. (L.223 1.2) Hoy dejamos que se asiente la idea de que no tenemos vida aparte de Dios. Funciono como si fuera un cuerpo, separada de los demás, y trato de encontrar mi camino en el mundo. Trato de tener éxito, de ser feliz, de ser tan buena como sé ser para la gente que me rodea, y de encontrar mi camino de vuelta a Dios. Sin embargo, inunca le he dejado a Él! Seguimos con Dios, mientras soñamos con el exilio en esta llamada "vida". Comprender esto es reconocer que el Curso se dirige a la mente y no al personaje de Sarah. Es la verdad YO SOY de mi Ser que está fuera de este sueño a la que se dirige.

Esta es una hermosa oración, en la que pedimos a nuestro Padre que podamos conocer la verdad sobre nosotros mismos, en lugar de centrarnos en nuestros problemas y nuestros errores. Es nuestro propio y profundo deseo del corazón el que se refleja en esta oración. **“Y no queremos seguir relegándote al olvido, pues nos sentimos solos aquí y anhelamos estar en el Cielo, que es nuestro hogar. Queremos regresar hoy.”** (L.223.2.4-6) Somos inocentes, pero no lo sabemos, por eso anhelamos nuestra inocencia. De hecho, todas nuestras lágrimas, independientemente de lo que creamos que son, sólo están ahí porque creemos que hemos perdido nuestra inocencia, que no podemos recuperarla y que estamos más allá de la redención. **“¿Y quién podría llorar sino por su inocencia?”** (Panfleto de Psicoterapia .2.IV.1.7) La verdad es que no hemos perdido la inocencia. Sólo creemos que lo hemos hecho porque nuestra inocencia no está en nuestra conciencia mientras albergamos pensamientos que la ocultan.

Hoy nos dirigimos a Dios con toda sinceridad, reconociendo que somos su Hijo amado. Nunca hemos dejado nuestro hogar en el Cielo. Sólo soñamos con el exilio. Somos el Hijo Pródigo, con miedo a volver a casa, pero nuestro Padre nos llama incesantemente para que volvamos. Por supuesto, esto es una metáfora porque nuestro Padre sabe que ya estamos en casa con Él. La Voz del Espíritu Santo, la Voz que habla por Dios, es la Llamada en la mente para que nos despertemos y nos demos cuenta de que estamos con nuestro Padre y que nunca le hemos dejado. No tenemos vida aparte de Él. Esta vida es un sueño que estamos soñando mientras dormimos y estamos en casa con nuestro Padre. Vivimos en un estado de ilusión que es como una matriz o similar a la película El Show de Truman donde el personaje cree que todo es real mientras que en realidad todo es un escenario de película. Es un sueño del que estamos llamados a despertar, pero sólo son palabras hasta que tengamos una experiencia en la que sintamos la seguridad del abrazo

amoroso de Dios. Nos acercamos a esa experiencia cada vez que pedimos con sinceridad: **“Padre nuestro, permítenos contemplar la faz de Cristo en lugar de nuestros errores.”** (L.223.2.1) Cuando vemos la inocencia en nuestros hermanos, llegamos a conocer la nuestra. Proyectamos la culpa en nuestros hermanos como una forma de "comprar" nuestra inocencia a costa de ellos. Si podemos culpar a los demás, pensamos que podemos seguir siendo inocentes de las malas acciones que les atribuimos, pero esto es sólo una forma de mantener la culpa en nuestra mente, oculta a nuestra conciencia.

Se nos recuerda en el capítulo 19, secciones II **“El pecado en contraposición al error”** (ACIM OE T.19.III) y III **“La irrealidad del pecado”** (ACIM OE T.19.IV) que el mundo es una prueba constante de que nuestro pecado ha vencido a Dios, y que le hemos robado nuestra identidad, y por tanto Le hemos derrotado, corrompiendo nuestra naturaleza, y ahora somos culpables. Seguimos invirtiendo en nuestra identidad separada y en el mundo, y así nos resistimos al Amor de Dios, creyendo que nos aniquilará. Así, hemos vuelto el poder de nuestra mente contra nosotros mismos, creyendo que hemos cambiado la realidad. **“Si el pecado es real, ni tú ni Dios lo sois.”** (T.19.III.6.1) (ACIM OE T.19.IV.31) **“Al pecado se le percibe como algo más poderoso que Dios, ante el cual Dios Mismo se tiene que postrar y ofrecer Su creación a su conquistador.”** (T.19.III.7.6) (ACIM OE T.19.IV.32) Jesús nos asegura que este es un pensamiento arrogante porque no podemos cambiar la realidad, no podemos pecar y no podemos cambiar la verdad sobre nosotros mismos. Pensar que sí lo hemos hecho es simplemente locura, no humildad. (T.19.III.7) (ACIM OE T.19.IV.32) Sólo podemos pensar que lo hemos hecho. Lo único que ha sucedido es que hemos dejado de ser conscientes de lo que somos, pero a través del perdón se eliminan las barreras a la verdad.

Tenemos que permanecer vigilantes en nuestra voluntad de mirar cómo nos defendemos contra el Amor de Dios y cómo lo mantenemos fuera de la conciencia. Nos defendemos contra la verdad a través de la enfermedad, el control, la ira, el intelecto, el victimismo, la planificación, la distracción, la adicción, la arrogancia y, finalmente, la muerte. Las defensas nos impiden recibir el amor de Dios. Dios está plenamente presente todo el tiempo. Somos nosotros los que no estamos presentes para Él. Depende de nosotros invitarle a entrar. El ego nos ha convencido de que no podemos confiar en Dios. Tememos su castigo por nuestros supuestos pecados. Creemos que los cimientos de nuestra vida se derrumbarían, pero Jesús nos asegura que el amor no puede tener opuesto. Dios es sólo Amor. No hay tiempo, ni espacio, ni pecado, ni culpa, ni miedo, ni muerte. Somos seres eternos que nunca hemos dejado nuestro hogar. Sin embargo, Jesús nos asegura que Dios va con nosotros dondequiera que vayamos y nos habla durante todo el día.

El perdón deshace lo falso, así que lo que queda es verdad. El perdón requiere que miremos nuestras falsas percepciones, nuestros resentimientos y nuestro especialismo y los veamos todos como nada. En el proceso, podemos sentirnos desorientados, ya que el ego se está deconstruyendo. Tenemos que reconocer lo mucho que queremos proteger nuestro sistema de pensamiento y nuestra certeza de que tenemos razón. Elegimos tener razón en lo que creemos, en lugar de dejarlo ir todo y ser felices. Cuando cuestionamos todo lo que sostenemos como verdadero, vemos cada vez más la irrealidad de nuestras creencias inconscientes. Se trata de dudar de la exactitud de cómo nos percibimos a nosotros mismos y a los demás. Tenemos que reconocer que la culpa que vemos en los demás está en nuestra propia mente. Aunque podamos sentir que hay personas fuera de nosotros a las que tenemos que perdonar, la verdad es que sólo tenemos que perdonar nuestra interpretación de ellos y la culpa que hemos proyectado en nuestra propia mente. En realidad, no hay nadie a quien perdonar. Eso no significa que los demás no hayan cometido errores al igual que nosotros, pero los errores no son pecados y exigen corrección, no castigo.

Estamos empeñados en preservar nuestra individualidad, que es mantenernos como seres separados. Nuestra atracción por la culpa tiene que ver con nuestra inversión en lo que hemos hecho. Nos resistimos a renunciar a nuestra inversión en nuestra identidad; pero con el perdón, accedemos a la verdad en nuestras mentes rectas, y entonces el amor que somos se refleja a través de nosotros. Al compartirlo con los demás, se refuerza en nosotros.

Hoy, en nuestra oración, nos recordamos a nosotros mismos que no hemos pecado y que, por tanto, no somos culpables. Sin embargo, al creer que hemos cometido un delito, estamos llamados a reconocer que estamos equivocados con respecto a nosotros mismos. Todas nuestras percepciones erróneas pueden deshacerse con la voluntad de mirar nuestras proyecciones, asumir la responsabilidad por ellas y llevarlas al Espíritu Santo para que puedan deshacerse.

Tenemos muchos pensamientos que pasan por nuestra mente y que están basados en el miedo. Pueden estar relacionados con el dinero, las relaciones, la carencia, las expectativas, las demandas, los requisitos y las incertidumbres. Damos valor a lo que no tiene valor y de ahí viene nuestro sufrimiento. Por lo tanto, hoy elijo retirar mis creencias de los pensamientos que no tienen poder. El único poder que tienen es el que yo les doy. Hoy, estemos atentos a la vigilancia de la mente y liberemos los pensamientos que no sirven a nuestra paz y felicidad. La paz y la dicha son nuestra herencia natural. El deseo de despertar nos motiva a dejar que todos los pensamientos que interfieren sean vistos como la nada que son. **“Lo que Dios no te dio no tiene poder sobre ti, y la atracción del amor por el amor sigue siendo irresistible.”** (T.12.VIII.7.10) (ACIM OE T.11.IX.83)

Para ilustrar este punto, hace poco me reuní con una amiga que estaba muy angustiada por su jefe, que percibía que la acosaba e intimidaba. Identificó sus sentimientos de tristeza, rabia, vergüenza, tensión en el cuerpo y opresión. Culpaba al jefe de cómo se sentía y creía que si podía alejarse de él o si él cambiaba, podría ser feliz. Su temor era que esto continuara de alguna forma dondequiera que fuera. La creencia que tenía sobre sí misma era que ella era un error y que nunca debería haber nacido. Sentía que su vida era un desperdicio y que no tenía nada útil que aportar al mundo. Sin embargo, estaba dispuesta a considerar la posibilidad de que la forma en que veía la situación no fuera como realmente era. Estaba dispuesta a cuestionar las creencias que tenía sobre sí misma. Estaba dispuesta a aceptar que la causa de su malestar no era lo que hacía el jefe, sino las creencias que ella tenía y proyectaba sobre él. En su decisión en favor de la paz, entregó voluntariamente sus creencias al Espíritu Santo.

Nuestros días están perfectamente orquestados para nuestro mayor bien cuando elegimos utilizar todo lo que ocurre en nuestro día con fines curativos. Todo lo que aparece es perfecto para deshacer nuestras percepciones erróneas. Ahora, todo lo que ocurre en el día se convierte en una alegre oportunidad para deshacer nuestras percepciones erróneas y seguir al Espíritu Santo. Hoy, vemos el rostro de Cristo en cada hermano, en lugar de nuestros errores proyectados en ellos. **“Pues nosotros que somos Tu santo Hijo somos incapaces de pecar.”** (W.223.2.2)

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca